

19. FUNCION Y PROCESO DE FORMACION DEL SITIO

La ocupación de la cueva Haichol será considerada como formando parte de un sistema prehistórico ideado y llevado a la práctica por el hombre para asegurarse el dominio del espacio y de sus recursos. Correríamos el riesgo de asignarle apriorísticamente la función de eje organizador de esa estrategia si, previamente, no procurásemos establecer qué propósitos específicos cumplieron en ella esas instalaciones. Estas fueron de naturaleza recurrente y concentrada, particularidad que no se observa en otros sitios arqueológicos de la zona. La impresión o imagen que así se genera es que los pobladores de diferentes épocas hubiesen experimentado la necesidad perentoria, o la obligación ineludible de pasar por ella dejando vestigios de su presencia, en ocasiones la propia osamenta. Procurando evitar esa especie de debilidad capaz de conceder al sitio excavado un rol fundamental y totalizador del que tal vez estuvo desprovisto, será indispensable calibrar con cuánta calidad y fidelidad refleja esta cueva una parte o la totalidad de la vida prehistórica. Para ello, deberemos diferenciar actividades, evaluar la calidad del abrigo como habitación, delinear un mínimo esquema de fluencia de recursos, establecer si en todo este ciclo existieron complementariedad ambiental, estacionalidad y aún conductas de territorialidad. El proceso de formación del sitio depende de esta suma de circunstancias, y de otras que será preciso considerar al progresar en la reconstrucción de los hechos.

2. EL SUBSISTEMA CUEVA-RIO

La profunda garganta excavada por el arroyo -informalmente, "el río"- atempera, hasta cierto punto, los rigores del

viento occidental, semipermanente en la localidad. Lo que esta protección significa para la vida, sólo puede ser comprendido por quienes, de algún modo, están familiarizados con las dificultades que origina; en las regiones ventosas, el resguardo topográfico se encuentra en la base de cualquier ocupación humana. La altura de la cueva sobre su cauce normal, es de 44 m. El dominio de esta posición asegura la provisión de agua potable e industrial de calidad excelente; y también la de combustible ya que, durante las crecientes, la corriente embanca a su pie troncos y ramas desgajados en los bosques de las cabeceras. Desde fuentes distantes, o estacionalmente inaccesibles, transporta guijarros de la más variada composición, forma, tamaño y litología, depositando en sus alrededores materias primas como obsidiana, basalto, jaspe, ftanita, ocre, pómez y muchas otras potencialmente útiles. Cueva y río configuran una dualidad favorable a los intereses del hombre, ahorrándole el tiempo y la energía que normalmente requiere la localización y, especialmente, el troceo de leña y piedra. Hasta pudiera decirse que trabajan para él: proporcionándole abrigo, la una, el otro abasteciéndolo de recursos provenientes de otro territorio, que si bien es cierto no es muy distante, no siempre es accesible por encontrarse cubierto por nieve durante una parte del año.

Que la cueva proporcione abrigo se acepta sin discusión -a pesar de ser altamente discutible-, pero en cambio la función canalizadora de recursos alóctonos efectuada por el río generalmente no es considerada ni apreciada por el analista espacial, que de este modo se expone a falsear el sistema de fluencia de recursos fundamentándolos en circuitos de recolección efectiva, cuando en realidad han sido obra de un agente natural. El valle, para terminar, se encuentra en la vena principal de circulación natural, ya que su emplazamiento y el de la cueva misma coinciden con la encrucijada de caminos antiguos a que alude CAYOL (1985) (véase el capítulo de Paleotoponimia), que comunican entre sí a los tres ámbitos ecológicos diferenciados anteriormente: *pire mapu* (Cordillera), *inapire mapu* (costa de cordillera), y *huincul mapu* (lomas de la estepa).

3. LA CALIDAD DEL ABRIGO: SU HABITABILIDAD

La categorización habitacional depende tanto de la duración de las ocupaciones (breves, prolongadas, permanentes), como -en el caso de las primeras- de la ocasión (época, estación del año) en que se produzcan. Esto presupone establecer para qué y en función de qué pudo resultar útil, necesario o ineludible la ocupación de un ambiente de características tan especiales como esta cuerva, lo que en segunda instancia implicará evaluar

la calidad y las condiciones del abrigo que proporciona.

La habitabilidad de un recinto depende de la combinación adecuada de tres variables: espacio suficiente, sensación de bienestar ("confortabilidad") e iluminación, cada una de las cuales debe ser provista en la cantidad requerida. Este requerimiento puede variar de acuerdo con el uso o destino que quiera dársele al lugar, y con la duración de su ocupación. Puede resultar excelente para ocuparlo durante poco tiempo, o pésimo y aún malsano tratándose de ocupaciones prolongadas. Pero, por malas que sean las condiciones que ofrezca, sin embargo, su puesta en valor dependerá de la situación ambiental meteorológica que exista en el exterior, único y verdadero patrón de referencia en este punto; y así, será útil o conveniente en la medida que permita superarlas, o al menos regularlas, hasta su desaparición. Considerada desde esta perspectiva, la selección de habitación puede constituirse en un factor fundamental para la supervivencia del grupo.

Al aire libre, la evaporación del sudor absorbe cierta cantidad de calor del cuerpo, con lo que se establece la llamada humedad efectiva. La temperatura de la piel es de 36,5° C. Si el aire que la rodea tiene una temperatura menor, producirá un efecto refrigerante, que será mayor si el viento se lleva ese aire. La sensación se intensifica si al llegar otra ráfaga se produce una nueva cesión de calor, y así sucesivamente. Esta pérdida de calor transmite al metabolismo la consiguiente demanda repositiva, de manera que en situaciones de exposición prolongada a condiciones rigurosas, puede llegar a resultar gravosa para el organismo. Comportamiento y tecnología posibilitan al hombre sustraerse a ese riesgo, acogiéndose al abrigo de habitaciones naturales y artificiales (LEGGE 1972). Entre las primeras figuran las cuevas, que por constituir ambientes semicerrados delimitados por materiales impermeables, modifican el efecto de las condiciones imperantes en el exterior.

En el interior de un ambiente semiconfinado, los factores que producen sensación de bienestar al organismo, son: la temperatura, la humedad y el movimiento del aire. Las cuevas se hallan rodeadas por enormes masas de roca que almacenan calor solar durante el día y a lo largo de las estaciones soleadas -coincidentes o no con el verano, en lo que interfiere la nubosidad-, que irradian durante la noche al interior de la oquedad. Este efecto termorregulador es de gran importancia para la vida en las cuevas. Las grandes masas rocosas no están sujetas a las oscilaciones de término corto (diarias), y aún la temperatura estacional es de hecho modificada por el ambiente espélico. En términos comparativos con el exterior, las temperaturas internas serán más bajas durante el verano, y más altas en invierno (LEGGE 1972). La humedad ambiental depende del ascenso

por capilaridad de los sedimentos del piso o de las filtraciones de agua por techo y paredes; la turbulencia, de la mayor o menor abertura de la entrada.

No repetiremos las características topográficas de la cueva Haichol, apenas se destacará la importancia de la distribución interna de ciertos valores: humedad relativa, temperatura diurna y nocturna, etc., que repercuten directamente sobre la sensación de bienestar, y la iluminación, que incide sobre las tareas o actividades que deban desarrollarse en el interior. Los ambientes espélicos son complejos. Su división en sectores capaces de comportarse como microambientes podrían plantearse a través de diversos criterios. Seguiremos, con algunos agregados, los conceptos expuestos por SCHMID (1969). No tratándose de grupos numerosos, el espacio -80 m² durante las ocupaciones iniciales, reducidos a 60 en las tardías-, parece haber sido suficiente; por encima de 10-12 individuos, se produciría hacinamiento. El eje longitudinal de la oquedad, de 11 m de longitud, está orientado en dirección NNE-SSO, estando la entrada abierta al N. La luz solar, a esta latitud, tiene una duración local de 14 h durante el solsticio de verano, pero por interposición de cerros que circundan el valle, la luz solar directa alcanza a la entrada de la cueva por espacio de 2 h, entre las 13 y las 15 horas.

La entrada constituye una porción externa, situada a continuación de la línea de goteo. Se encuentra totalmente expuesta a los agentes externos: turbulencia, agua de lluvia, etc, pero es el sector mejor iluminado. El sector del frente ocupa, hacia el interior, una franja de anchura variable entre 2 y 4 m, afectada por los agentes externos sólo en forma atenuada, aunque la turbulencia puede ser sensible. Constituye el mejor sitio de instalación durante el día, tiene buena iluminación directa e indirecta, y los resaltos de temperatura son restringidos. Desde la porción media de la cueva, hasta su fondo, la penumbra es permanente, reinando la oscuridad durante los días nublados. Incrementa la humedad ambiental, pero el aire no tiene casi movimiento. A juzgar por la distribución de los desechos, la iluminación deficiente no impidió que en este sector se ejecutaran tareas que, como la talla lítica, requieren movimiento precisos.

Las condiciones ambientales del verano hacen innecesario el guarecimiento en un ambiente húmedo, fresco, mal ventilado y penumbroso como el de la cueva de Haichol, que durante esa estación no constituye un habitáculo ideal. Para que lo fuera en forma efectiva, las condiciones atmosféricas externas debieron ser desventajosas, como las que reinan en la zona durante las características tormentas prolongadas (temporales) con lluvia y nieve asociadas a viento fuerte. Ante tales emergencias, las precarias condiciones brindadas por el reparo serían preferibles,

evidentemente, a las del exterior, pero un cuadro ambiental con esas características es impropio del verano, cuando las condiciones externas son más llevaderas, salubres y sobrias que las del propio reparo. En conclusión, las circunstancias capaces de haber inducido a los hombres prehistóricos a ocupar de manera reiterativa la cueva de Haichol -al punto de implantar en ellos una conducta-, no son las que pudieron haber correspondido a situaciones bonancibles, veraniegas o no, sino francamente desfavorables, como la invernal, otoñal o de primavera temprana.

Resta considerar dos aspectos capaces de incrementar la ganancia de temperatura y bienestar. Uno de ellos, el principal, es la calefacción. Las paredes, el techo y las piedras que normalmente rodean al fogón, acumulan una cantidad apreciable de calor que luego irradian al ambiente. Surge entonces el serio inconveniente de la evacuación de la humareda consiguiente, insoluble por no existir corrientes de aire circuiando hacia el exterior. Quizás el problema que configura el humo pueda explicar la escasa cantidad de carbón y ceniza contenida en los sedimentos.

Otra de las formas en que los organismos pueden perder calor es por conducción, al ponerse en contacto con una superficie fría, lo que ocurre especialmente durante el descanso. El recurso defensivo más simple para contrarrestar su efecto, consiste en la interposición de un cuerpo aislante, como las capas de paja. Esta práctica quizás pudiera explicar la gran cantidad de fitolitos y briznas pajizas contenidas en el sedimento, no siempre explicables por acción del viento en los sectores profundos de la cueva, donde ese agente casi no tiene actuación.

4. LAS ACTIVIDADES

La diferenciación de las actividades en el interior de la cueva permitirán obtener una mejor comprensión sobre: 1. la función prehistórica del sitio; 2. la época anual de instalación, o si su ocupación ha sido de carácter permanente. Según lo anticipáramos, se han podido reconocer actividades básicas de subsistencia -transformación de alimentos: troceo de animales, vaciamiento del contenido medular de huesos, molienda de productos vegetales, cocción-; diversas prácticas tecnológicas, algunas de manera directa (talla lítica) y otras indirectamente, a través del conjunto ergológico asociado (transformación de materiales flexibles o de dureza intermedia: cuero, hueso); y aún ciertas manifestaciones de carácter espiritual o ritual: pintura corporal, prácticas fumatorias, inhumación de 17 cadáveres. El conjunto de estos indicadores pudiera proporcionar bases firmes, pero no las suficientes, para definir la función del sitio, que pudo haber sido alternativa y variar según las épocas: vivienda perma-

nente, refugio ocasional o de emergencia, campamento base, etc. Su análisis puede iniciarse con la consideración de las puntas líticas de proyectil (707 casos), de las cuales se hallaron 439 enteras y 268 fracturadas.

Las enteras, (62,09%), malgrado su aparente perfección, en su mayoría no son utilizables: son formas de descarte. De las fracturadas (37,90%), ninguna ha sido disparada, ni presenta trazas de mástic o pigmento. No constituyen piezas quebradas de recambio, con reactivamiento o reacomodamiento en el astil; los últimos, por otra parte, son comparativamente escasos respecto al número de puntas. El elevado índice de fracturación es el que corresponde a un sitio-taller, lo que concuerda con la concentración de desechos, de núcleos y de preformas. Estando localmente supeditada la subsistencia a la caza por trampeo de reedores y peludos, que no las requiere para su práctica, el tallado de puntas pareciera encontrarse sobredimensionado en relación con las necesidades inmediatas. Las puntas de proyectil debieron tallarse para responder a necesidades futuras o para ser utilizadas en otra parte. La abundancia de materias primas (obsidiana y otras) no pareciera bastar para explicar un ritmo de producción tan acentuado. Antes que materias primas, lo que allí pareciera haber existido, ha sido tiempo disponible con relativo exceso; por qué no, horas muertas que la nieve y el temporal imponían a las actividades humanas.

Si consideramos que la extrapolación de circunstancias presentes puede ser válida para llegar a interpretar en parte las del pasado, encontraríamos que también la molienda de productos vegetales no sólo es capaz de reflejar la intensidad con que se practicaba, sino también las condiciones atmosféricas reinantes en el momento de ser utilizada. Modernamente, la molienda con implementos de piedra se ejecuta invariablemente al aire libre, salvo cuando hay viento, ya que entonces se masticaría arena. Tampoco es posible moler durante los días de lluvia y, en caso de ser imprescindible, se hace bajo cubierta. La impresionante cantidad de muelas (360) y de soleras de molienda indica que, en el pasado, la molienda se practicó en el interior de la cueva. ¿Por qué esta conducta, si actualmente jamás se muele en situaciones normales en el interior de la habitación, así se trate de una simple ramada? La totalidad del sistema funcional-operativo del chenque Haichol corresponde, faceta por faceta, a condiciones meteorológicas o atmosféricas desfavorables que pautan a cada una de las actividades. Unitariamente consideradas apenas constituyen indicios, pero asociadas dan curso a un cuerpo de evidencias muy merecedor de ser tenido en cuenta.

Los esqueletos humanos integran otro conjunto que indirectamente es revelador del deterioro ambiental coincidente con

las ocupaciones. Diecisiete esqueletos de épocas diferentes no nos dan derecho a suponer que la cueva haya desempeñado la función de cementerio, ni siquiera la de enterratorio. Ninguno de los restos humanos se halló asociado a prendas ofrendatorias, o sospechables de tales. En ningún caso se observó una preparación especial de los cuerpos. Solo siete de los cráneos permanecieron definitivamente en el interior del paraje. Faltan los huesos largos de muchos individuos, faltándoles a todos los de los miembros superiores. Es evidente que muchos quedaron expuestos tras la muerte, y que algunas de sus partes fueron arrojadas fuera por visitantes posteriores, compelidos a ocuparla bajo la presión de alguna circunstancia insoslayable. Los huesos recuperados correspondieron a niños, mujeres y hombres. Entre los adultos no hay indicios de senilidad avanzada, pero en varios el estado sanitario general y dentario parece altamente deficiente y con disminuciones físicas severas. Es posible que varios masticasen sus alimentos con dificultades enormes. Todas fueron personas que ingresaron a la cueva en condiciones extremas de supervivencia, algunas simplemente para morir bajo cubierta.

Consideramos que lo expuesto es suficientemente explícito para concluir que las actividades prehistóricas de Haichol se produjeron en coincidencia con épocas desfavorables del año, y que la ocupación de la cueva constituyó, en sí misma, un recurso capaz de posibilitar su superación.

5. LA SUBSISTENCIA EN "INAPIRE MAPU"

Algunos de los recursos que caracterizan a la franja de costa de cordillera -abrigo, agua potable, combustible, red vial de circulación, materias primas rocosas y pigmentos minerales son virtualmente inagotables, porque para regenerar su capacidad productiva del deterioro o menoscabo causado por el impacto humano basta el accionar de la naturaleza. La dupla cuevarío configura, repetimos, un subsistema antropocéntrico adecuado a la división y dominio del espacio, hasta cierto punto liberado de la incidencia del clima local, cuyas contrariedades es posible regular mediante la ocupación de la cueva. Pero existen otros componentes del subsistema, todavía no considerados, algunos de cuyos aspectos será preciso tasar más detalladamente, en lo principal: 1) si el valor de los recursos existentes dentro del territorio de *inapire mapu*, fundamentalmente los de origen animal, justifican una ocupación permanente con centro estratégico en la cueva; 2) si esos mismos recursos satisfecerían los requerimientos de una población con tales características, es decir, si serían capaces de regenerarse del deterioro subsecuente a una ocupación humana continuada y, en caso positivo 3) qué necesidad o suma de necesidades pudieron determinar su ocupa-

ción durante el año completo.

La instalación humana en una cueva localizada al pie de la Cordillera implica ineludiblemente la necesidad de adoptar un modelo de subsistencia basado en sus únicos recursos de origen animal: roedores y mamíferos intermedios, del tipo del peludo. Es decir, de animales que pueden vivir bajo tierra ocupando un ambiente homotérmico y que subsisten de lo que se produce bajo ella, ya que el pastizal se encuentra cubierto por nieve una parte del año y en tales condiciones la vida resulta imposible a los herbívoros no cavícolas. Debe agregarse un omnívoro (zorrino) y algunos carnívoros mayores, como a los zorros, que a su vez depredan a los primeros. Es preciso descontar el aporte eventual de félidos mayores, como el puma, cuyo registro óseo se inicia en la cueva con posterioridad a la introducción de la hacienda doméstica (cabra). Algunos mamíferos acuáticos (*Lutra provocax*), cuyos restos se encuentran en la cueva, agregan evidencias de que existieron peces en el río; aunque sus huesos y escamas, de todas maneras, no han contribuido a edificar el registro paleobiológico del sitio arqueológico.

El planteo es si esta suma de recursos de origen animal pudo resultar suficiente o no y de manera especial, si su procuración justifica el mantenimiento de ocupaciones humanas de tiempo completo, según las cuales la cueva Haichol adquiriría el indisputable carácter de vivienda o habitáculo permanente.

El esquema falla por la base, ya que parece poco factible que la población de mamíferos menores hubiese podido recuperarse, pese al dinamismo biológico que las caracteriza, de la pesada presión sobre ella ejercida conjuntamente por seres humanos, cánidos y félidos. Su funcionamiento sería de más en más impracticable, la participación de tan elevado número de comensales conduciría inevitablemente a un cuadro típico de sobreexplotación del recurso, produciéndose por último su colapsamiento. Es verdad que, tal vez como reacción correctiva el hombre pareciera haber adoptado dos temperamentos que pudieran estar orientados a la búsqueda de cierto equilibrio: por una parte, disminuyendo el número de individuos de aquéllas especies capaces de competir con él (cánidos y félidos) practicando su consumo directo; por la otra, introduciendo recursos animales compensatorios procurados en territorios de estepa, no lejanos pero tampoco inmediatos a la cueva, como guanacos, huevos de choique y mejillones. La gravedad de estas deficiencias sería, evidentemente, proporcional a la densidad alcanzada por las ocupaciones humanas, pero sería completamente inviable a partir del crecimiento demográfico ocurrido a partir de ca. 4000 años A. P.

6. LA ARTICULACION DEL ESPACIO Y DE LOS RECURSOS: SU COMPLEMENTARIEDAD

Los registros de Haichol evidencian que en la constitución del sistema de subsistencia prehistórico participaron elementos locales -a los que acabamos de evaluar-, junto a otros que provienen de otras unidades territoriales: Cordillera (cañas, piñones de araucaria) y de estepa (guanaco, choique, almejas) o, de acuerdo con los términos espaciales antes utilizados, *pire mapu* y *huincul mapu*. Ninguno de estos territorios se encuentra distante de los restantes. La cueva de Haichol tiene, a su respecto, una localización estratégica, ya que *inapire mapu* se encuentra en el deslinde de esos dos ambientes tan diferenciados. La Cordillera dista apenas 10 km, la estepa entre 15 y 20, pero tan cortas distancias darían la impresión de corresponder a otro planeta durante una época del año que no fuese la oportuna. Sea en términos de productividad efectiva o de permanencia humana, lo que realmente diferencia a cada uno de estos territorios es su respectiva estacionalidad.

En *inapire mapu* es posible permanecer durante el año completo, pero ya hemos visto que sus recursos de subsistencia directos son insuficientes para el respaldo económico de instalaciones humanas de ese tipo. Su gran ventaja estratégica la constituye el subsistema cueva-río, cuyo funcionamiento asegura en exceso la procuración de recursos básicos, pero que es pobre en los de subsistencia directa, lo que a nuestro juicio impuso la práctica de la complementariedad ambiental.

En *huincul mapu* -para precisar mejor la ambientación de su territorio, agreguemos que comprende las lomas plegadas de la zona del río Agrio, chihuidos, pinin mahuida y malaes (cerros mesa o "tafelberg") de los sectores basálticos- también es posible, desde el punto de vista climático, la permanencia humana durante todo el año. Pero en lo que concierne a recursos, sus grandes manadas de guanaco y choique solo son realmente efectivos durante el invierno, ya que en el verano la vida animal se diluye por agotamiento del pastizal.

Durante el invierno y parte de primavera y otoño, por el contrario, la Cordillera (*pire mapu*) es un desierto improductivo cubierto por bardones de nieve de muchos metros de espesor. El climax productivo de sus recursos naturales se produce, para los intereses modernos, en el verano, pero prehistóricamente debió centrarse a fines de esa estación y comienzos del otoño ("entrada de invierno"), en coincidencia con el ciclo madurativo de los piñones de araucaria.

Dentro del territorio ocupado por un grupo humano determinado, cada tipo de asentamiento o de instalación cumple un propósito particular. Si el territorio se diversifica ambientalmente

y sus producciones se complementan, es lógico suponer que en las instalaciones de cada uno de ellos exista cierta articulación con los adyacentes o próximos.

Los campamentos invernales se encuentran dispersos -en cantidad no inferior al centenar- en los médanos que recubren la costa de ríos como el Agrio y sus tributarios, en posiciones localizadas a una altura aproximada de 700 m sobre el mar. En esos paraderos existe un predominio neto de desechos óseos de guanaco y choique asociados a las mismas puntas de proyectil y a instrumentos de molienda. Esto indica que al retirarse estos grupos de la Cordillera, lo hacían conduciendo cantidades significativas de semillas de araucaria.

Por el contrario, los campamentos de verano y comienzos de otoño se localizan en las faldas de la Cordillera, desde los 1500 m de altura sobre el mar. Corresponden a la fase recolección cordillerana de las mismas gentes que se comportan como cazadores en las regiones bajas. La cosecha de semillas de araucaria se inicia en marzo, durante el *atenquiye*n, luna o tiempo de piñones (CRUZ 1835; FAMIN 1839), cuando los días comienzan a acortarse, pero cuando todavía la temperatura y demás situaciones atmosféricas en la Cordillera hacen superfluo el guarecimiento en cuevas. La semilla de pehuén debe recogerse en pleno, la estrategia locacional habitacional, aspecto esencial en el sistema de subsistencia, debió ser de tipo disperso y consistir en expeditivas construcciones de rama y corteza de pino al pie de los árboles. Entonces como en la actualidad, los grupos estuvieron constituidos por familias, cada una de las cuales debió ejercer el dominio tradicional de un sector del bosque. Un patrón de asentamiento con estas características, de ubicación cambiante de temporada, en temporada, solamente puede dejar como indicadores arqueológicos de su existencia, escasos acúmulos de ceniza y carbón y algunas esquirlas de obsidiana y tiestos, pero no genera nunca yacimientos de la envergadura y excepcionalidad del chenque Haichol. Estructuras arqueológicas algo más importantes, correspondientes a los asentamientos a los recolectores de piñones, se podrán localizar en la vecindad de árboles santos, de araucarias macho (hermafroditas) productores de semilla, o de árboles especiales de alguna manera relacionados con el ritual de estos grupos, o en sectores del bosque reservados al intercambio anual de bienes de prestigio coincidentes con la recolección.

Surge como síntesis de los antecedentes expuestos que la cueva no pudo constituir ni el asiento de recolectores cordilleranos de piñones, ni el de cazadores de estepa, con los que tiene rasgos comunes pero no una identidad total. Considerando la exigua cantidad y calidad de los recursos de subsistencia directa que proporciona su entorno, es preciso dejar de reputarla

el objetivo final y principal de intereses prehistóricos, para pasar a considerarla como una etapa o estación organizada para el logro de un objetivo extralocal, es decir, como un punto a través de cuyo dominio resultase posible articular y planificar el acceso a las producciones de cordillera y estepa.

7. HAICHOL EN LA ESTRATEGIA TERRITORIAL

¿Qué función desempeñó Haichol en la organización de un circuito de complementación territorial como el que dejamos expuesto?

La mayor dificultad explicativa radica en que los principales recursos parecen haber fluído al sitio desde ambientes ecológicamente diferenciados que, a pesar de encontrarse circunscriptos en un radio de 10-20 km, o no pueden ser ocupados por el hombre durante el año completo o, en caso de serlo -como el que rodea a la cueva- su potencial productivo es tan poco relevante que no justificaría asentamientos permanentes. En Haichol se detecta perfectamente el modelo de disponibilidad de los recursos, pero no la forma en que sus respectivos territorios de proveniencia se articulan para integrar una estrategia adaptativa (KIRSCH 1980). Tal como se deduce de los macrorrestos, sus ocupantes pudieron adoptar los siguientes temperamentos:

1. Abandonan la zona de estepa a baja altura (700 m) para instalarse en una comarca a 1054 m, donde ocupan una cueva cuyas condiciones de habitabilidad son solamente aceptables cuando las del exterior son malas o desfavorables, como acontece en invierno o primavera temprana.
2. Este comportamiento parece anómalo en cazadores que ocupan un territorio en transición ambiental hacia las condiciones que caracterizan a la Patagonia y que, tal como se verifica en esta última, debieron haber adecuado sus desplazamientos a las variaciones del habitat de los animales de que se sustentan (guanaco y choique).
3. Introducen en la cueva recursos de subsistencia extraños a la localidad pericordillerana, propios del Distrito Patagónico occidental estepario, como guanaco, huevos de choique y almeja fluvial.
4. Igualmente anómala parece la modificación subsistencial y tecnológica que adoptan al ocupar la cueva: consumen roedores y mamíferos pequeños, y reemplazan la caza a distancia por el trampeo de presas pequeñas.

Todas estas conductas requieren explicación, pero para la búsqueda de sus razones causales, primeramente es preciso establecer qué objetivo preciso perseguía la ocupación de la cueva. Su explicación más simplista sería admitir que el registro del sitio arqueológico pudo formarse por la concurrencia secular de familias que, coincidentes en el sendero a seguir en ruta

hacia los centros de aprovisionamiento ubicados en los bosques cordilleranos, ocuparon la cueva en sus itinerarios de la ida y vuelta. Si nos ajustáramos a este modelo, el sitio habría operado como campamento de tránsito entre las tierras bajas y las altas. Su operatividad habría correspondido a la de un sitio de reunión y dispersión. Un modelo como el supuesto tiene diversos aspectos positivos y convincentes y, en lo inmediato, resultaría imposible negar cerradamente que muchas de las ocupaciones hayan obedecido a semejante esquema. Existe un punto que no encaja, sin embargo, y es la oportunidad en que se habrían producido las instalaciones de los grupos familiares itinerantes. En ruta hacia la cosecha de piñones significa que la movilización se produciría en pleno verano, a la ida, y a comienzos de otoño en el regreso, momentos ambos en que el abrigo proporcionado por la cueva no era necesario. Por algún motivo su ocupación constituiría una verdadera excepción en la conducta de estas gentes provenientes de la estepa, donde habitaban al aire libre, y que tampoco construía abrigos especiales cuando recolectaba piñones en plena Cordillera, donde había piedra y madera disponible para hacerlo.

8. LA OCUPACION A DESTIEMPO DE LA CORDILLERA

Cualquiera haya sido el mecanismo rector del proceso actuante en la cueva de Haichol, la persistencia humana en verificar asentamientos en un sitio insuficientemente dotado para proporcionar bienestar a sus ocupantes durante épocas bonancibles obedece, sin dudas, a la experiencia multigeneracional de quienes planeaban su dependencia en recursos que les resultaban conocidos y predecibles, y sincaban al actual sitio arqueológico como punto táctico fundamental para asegurar su obtención.

Nuestra hipótesis en que la cueva operó como campamento base de otoño avanzado o de primavera temprana, desde el cual se avanzaba a destiempo al interior de la Cordillera -distante sólo 10 km, pero a nivel mucho más alto- y al que se regresaba al interrumpirse las ocasionales bonanzas climáticas que lo permitían.

Pire mapu constituye el gran centro proveedor de obsidiana, pigmentos, cañas, maderas, productos medicinales, pero para la procuración de esos recursos pudieran haber aguardado hasta el verano siguiente. La premura y la insistencia en ocupar la cordillera a destiempo, en consecuencia, debió relacionarse con el aprovisionamiento de un recurso fundamental e irremplazable en esa época del año. Lo que estamos propiciando no se refiere, por supuesto, a comportamientos que pudieran reputarse individuales, sino grupales. Existen pruebas suficientes que

permiten afirmar que ese recurso único ha sido el piñon de la araucaria, pero para comprender el funcionamiento del mecanismo a que ha dado lugar su aprovechamiento actual y pasado, será imprescindible considerar brevemente algunos aspectos de su producción y cosecha, que tienen características interesantes, por no decir únicas.

Los árboles de araucaria, de hasta 45 m de altura, diseminan su pólen en enero: los óvulos fecundados en ese mes, producirán semilla recién en mayo del año siguiente, porque los piñones tardan 1,5 año en madurar (NEGER 1897; ROTHKUGEL 1916), estado que por lo general alcanzan en marzo. Aunque las plantas fructifican todos los años, cuando los primeros piñones maduros caen al suelo, las piñas que madurarán en marzo del año siguiente ya están a medio desarrollo. Esto quiere decir que ya un año antes es posible saber si la cosecha próxima será buena o mala, de manera que el piñon de la araucaria constituye el recurso alimentario predecible por excelencia. Lo que no se puede predecir con certeza es el comportamiento del tiempo, pues la recolección comienza cuando las condiciones atmosféricas tienden a desmejorar: acortamiento del día, frío intenso por la noche. Descomposturas prematuras del tiempo, con viento y lluvia, podrían interrumpir -y aún clausurar- la cosecha. Esta, repetimos, se inicia en marzo y dura hasta mayo o hasta tanto se pueda permanecer sin riesgo en la cordillera. Las bandadas de catitas o cachañas (*Microsittace ferruginea f.*) cosechan directamente sobre los árboles, mientras que el hombre recoje en el suelo, compitiendo con ratones y otros comensales del bosque.

No existe ningún idicio atendible de que en el pasado se hayan hecho reservas de este incomparable recurso energético. Los "silos" y similares depósitos citados por la bibliografía sólo resultan explicables como resultado del desconocimiento en que yace el tema -aunque con excepciones dignas de destacarse: YRIARTE 1980-, o por la observación y registro de situaciones ambiguas. El "silo bajo agua corriente", citado por algún cronista al que todos copiaron después, tendría como consecuencia la aceleración del proceso germinativo de la semilla, caracterizado por su brevedad. La conservación en cualquier otro tipo de silos, produciendo el consiguiente desecamiento, les conferiría la dureza de la piedra.

El verdadero y único depósito de piñones se forma de manera natural en la misma Cordillera, donde gran cantidad de ellos queda de una temporada a otra acumulada al pie de las plantas cubierta y protegida por la nieve. El hecho es tan conocido a los recolectores, que aplican un nombre especial, *pullun nguillu*, a los piñones tardíos que caen recién en abril o mayo, y que sólo podrían explotarse reingresando a la Cordillera

antes de que se produzca su germinación: a comienzos de primavera, a más tardar. Existe otra denominación, que hemos olvidado pero que literalmente significa *piñones de o para los ratones*, para los que caen en sectores del bosque a los que se sabe inaccesibles o peligrosos cuando hay nieve o mal tiempo, y que por lo tanto son irrecuperables. Pero, salvo en estos casos particulares, la nieve no se acumula en grandes espesores al pie de los árboles mayores a consecuencia de la defensa de las ramas de la radiación calórica de los troncos gigantes. Estas reservas naturales remanentes de la cosecha son conocidas por los recolectores, y si las situaciones meteorológicas en la Cordillera obligan a desalojarla prematuramente y existe necesidad imperiosa de alimentos, reingresan en ella para explotarlas.

De manera que la recolección de piñones tiene dos épocas. La normal es la que se efectúan en época oportuna, coincidente con el fin del verano y comienzos del otoño, y extendida hasta el límite en que la situación ambiental permite permanecer en *pire mapu*. La segunda cosecha, complementaria, es la que se efectúa fuera de estación y obliga a forzar la entrada a la Cordillera, pudiendo ocurrir en mayo o bien debe ser pospuesta hasta comienzos de primavera, pero en todo caso antes de que se produzca la germinación de la semilla. Es con este último sistema de ingreso a destiempo en la Cordillera que, a nuestro juicio, se relaciona la funcionalidad prehistórica de la cueva Haichol.

El instrumental de molienda presente en ella certifica que el abastecimiento de piñones fue alcanzado pero, como contrapartida, su asociación a desechos óseos de fauna local —que en otoño se encuentra en el mejor momento de su rendimiento— señala el curso pendular seguido por esa estrategia, en la que se transparentan altibajos. Mal se aviene, en efecto, el registro de recursos "amortiguadores" con la actividad de recolectores bonanciblemente abocados a la explotación de un recurso vegetal que, como los piñones, casi colmaba sus requerimientos energéticos diarios (véase cap. 17). La subsistencia basada en el consumo de roedores y mamíferos medianos (gatos, zorros) en los notables porcentajes oportunamente enumerados, indican la clara respuesta de quienes no podían contar plenamente con aquél otro recurso vegetal. Sugieren, en otras palabras, un desequilibrio crítico entre el requerimiento alimentario de las poblaciones y el caudal de hidratos de carbono en esos momentos fluyentes desde las fuentes de aprovisionamiento en la Cordillera, situación que fue zanjada ejerciendo un fuerte impacto sobre los recursos faunísticos menores existentes en *inapire mapu*.

A nuestros argumentos podría oponerse el principio de complementación o balance dietario, según el cual pequeños mamíferos y roedores debieran reputarse el complemento animal —principalmente en aporte graso— de la dieta eminentemente

vegetal basada en piñones de araucaria. Este principio resulta inaplicable al comportamiento dietario observado entre recolectores de productos vegetales de término corto, porque al producirse el climax de la recolecta vegetal, el volumen alcanzado por su consumo llega a los valores más altos. Si bien es cierto que no es posible subsistir exclusivamente en base a ella, se vive prácticamente a sus expensas. Tal exceso se justifica por la brevedad del término temporal en que la estacionalidad del producto permite consumirlo en estado fresco. Para ello, se lo consume entero o molido, hervido o asado, panificado o premasticado, caliente o frío, salado y dulce. La aplicación de este modelo sobrepasa los límites del pehuén, de por sí estrechos, y se extiende a los mucho más vastos de la algarroba, con los que constituye una identidad económica y cultural, y aún a los de una especie cultivada, como el maíz. En el Neuquén, por lo demás, volverá a repetirse en época histórica con la manzana, como consecuencia de la feraz propagación de sus bosques asilvestrados.

BIBLIOGRAFIA

- CLARIN. *Diario*. 1988. Dramático rescate de una familia. Bloqueadas por la nieve, se alimentaron con piñones. Buenos Aires. 28 de junio. p. 32.
- CAYOL, R. 1985. Vocabulario picunche gauchesco del Neuquén. Buenos Aires: Editorial del Autor.
- CRUZ, L. DE LA. 1835. Descripción de la naturaleza de las terrenos que se comprenden en las Andes poseídas por los pehuenches. En: P. DE ANGELIS (Compil.) Colección de Obras y Documentos. Buenos Aires: Imprenta del Estado.
- FAMIN, G. 1839. Historia de Chile: Barcelona. Imprenta del G. Nacional.
- KIRSCH, P. V. 1980. The archaeological study of adaptation: theoretical and methodological issues. En: Advances in Archaeological Method and Theory, 3: 101-155. Academic Press.
- LEGGE, A. J. Cave Climates. En: S. E. HIGGS (Ed.): Papers in economic prehistory, 97-103. Cambridge: University Press.
- NEGGER, F. W. 1897. Die Araukanienwalder in Chile und Argentinien. *Forstl. naturw. Zeitsch.* II: 416-426. [Traducción española de G. Carl, Publicación N° 1 del Centro Argentina de Doctores en Ciencias Naturales, 22 págs., Buenos Aires].
- ROTHKUGEL, M. 1916. Los bosques patagónicos. Oficina de Bosques y Yerbatales, Ministerio de Agricultura, Buenos Aires.
- SCHMID, E. 1969. Cave sediments and prehistory. En: D. BROTHWELL y E. HIGGS (Eds.): Science in Archaeology, 151-166. Thames and Hudson.
- YRIARTE, G. 1980. Conozcamos el Pehuén [Araucaria Araucana]. *Revista Museo Histórico Provincial* 3: 27-38. Neuquén.